

23. Añadamos tambien, que supuesto que el Papa no procediese en la extincion como Juez, sino como Soberano, pudieron intervenir en el caso algunos motivos (digamoslo asi) puramente politicos. Muchas veces los Papas, à instancias de los Principes, hacen cosas, que no hicieran, si no hubiera tales instancias. El Rey Felipe habia abrazado con sumo teson el empeño de aniquilar aquella Religion. La persona del Papa, habitando en sus Dominios, estaba à arbitrio de él. ¿Quantos daños, no solo para sí, mas aun para toda la Iglesia, podria temer de un Principe de tanto poder, y nada escrupuloso, si no le complaciese en lo que procuraba con tanto ardor? Los que por haber leído la Historia Eclesiástica de aquellos tiempos, saben lo que al Rey Felipe debia el Papa Clemente; cómo, y sobre qué preliminares cooperó aquel à la exaltacion de éste al Pontificado, (materia en que los Historiadores Italianos, Españoles, y de otras Naciones hablan sin embozo, ni misterio) podrán, si quisieren añadir, sobre aquellas circunstancias, otras reflexiones, que yo para nada he menester, habiendo mostrado, que no obstante la inocencia de los Templarios, pudo el Papa, sin obrar contra Justicia, extinguir aquella Religion.

24. Ya se dexa entender, que la justificacion que hemos hecho de los Templarios, solo es aplicable al comun de la Religion. Entre los Particulares, posible es, que hubiese algunos mui malos; y tambien es creible, que la malicia de los enemigos de aquella Religion confundiese la iniquidad de algunos, con la corrupcion de todos.

Esto es quanto sobre la Causa de los Templarios se me ofrece para satisfacer la curiosidad de V. S. à cuya obediencia quedo, &c.

A los Autores alegados arriba; como explicados abiertamente à favor de los Templarios, podemos añadir los que lo son del nuevo Diccionario de la lengua Castellana, cuya es, verb. Templarios la clausula siguiente. Su Instituto era asegurar los caminos à los que iban à visitar los Santos Lugares de Jerusalén, y exponer la vida en defensa de la Fé Católica; lo que acreditaron gloriosamente por espacio de

doscientos años, y se extinguió en el Concilio de Viena. *Para inteligencia de esta clausula, y de la ilacion que barémos de ella, se ha de advertir, que la Religion de los Templarios se fundó el año de 1118, como se nota en el mismo Diccionario, y se extinguió el de 1312, como consta de la Bula, expedida para su extincion. Con que la Religion no duró mas que 194 años. Este numero hizo redondo el Diccionario, extendiendole à doscientos, como es mui ordinario, quando es tan poca la diferencia. De aqui se sigue, que en el sentir de los Autores del Diccionario, los Templarios todo el tiempo que duró su Religion, cumplieron gloriosamente con su Instituto, asegurando los caminos, y exponiendo la vida en defensa de la Fé Católica: Luego no resta tiempo alguno, en que fuesen delinquentes, por lo menos en quanto al crimen principal; esto es la apostasia de la Fé.*

CARTA XXIX.

PARALELO DE CARLOS XII, Rey de Suecia, con Alexandro Magno.

MUI señor mio: La admiracion con que Vmd. recibió la noticia, que le dió N. de que yo preferia, en línea de *Heroe*, Carlos, Rey de Suecia, Duodécimo de este nombre, à Alexandro Magno, es para mí objeto de otra admiracion. Diceme Vmd. que habiendo leído la vida de aquel malogrado Principe, escrita, segun se dá por cierto, por Mr. Voltaire; y la de Alexandro por Quinto Curcio, no halla fundamento alguno para la preferencia que doí al primero, respecto del segundo. Esto admiro, porque en los mismos Escritos veo grandes motivos para la expresada preferencia; y porque me hallo ahora bastantemente desocupado, se los haré presentes à Vmd. à fin de que haga sobre ellos mas reflexion, que la que hizo hasta aqui.

2 Supongo, que en esta cuestión no hablamos de un *Heroísmo perfecto*, el qual consiste en la coleccion de todas las virtudes, poseídas en grado sublime; pero tampoco de un Heroísmo tan imperfecto, que se reduzca à una sola virtud, sea la que fuere. Diráse con verdad, pongo por caso, que un hombre de sumo valor tiene un valor heroico; mas no por eso se podrá llamar absolutamente Heroe. Las virtudes militares, valor, pericia, y prudencia, colocadas en grado eminente, son las que ganan la reputacion de *Heroes* en la comun aceptacion. El valor, por sí solo, no basta; antes desasistido de una sabia conducta, ya no será valor, sino audacia, y temeridad. Pero aun estas virtudes, sin la compañía de otras, constituirán un Heroísmo mui diminuto. No pido, que el Heroe sea un Santo, pues no dá el mundo este significado à aquella voz; pero parece que de justicia se puede, por lo menos, exigir en el Heroe, que sea clemente, liberal, y observante de su palabra. La crueldad, la avaricia, y la pérfidia, afean de tal modo à un Conquistador, que ajan todo el resplandor, que adquiere con las conquistas. Si à la clemencia, liberalidad, y buena fé, se añaden la continencia, y la templanza, será aun mas perfecto, y brillante el Heroísmo. La virtud de la justicia es la mas difícil en un Conquistador; pero no imposible, pues pudo ejercerla, no solo respecto de los suyos, mas aun respecto de los estraños, cñendo sus designios à conquistas justas; y si se mira bien, todas las virtudes expresadas conducen, para que el valor logre sus fines; porque sobre el influxo del buen exemplo en las Tropas, ganan la aficion de propios, y estraños. Pero no se puede negar, que la virtud del valor sea la principalísima en el Heroísmo, porque las acciones propias del valor, exponiendo la vida, son las que tienen mas arduidad, y por consiguiente logran mas admiracion. Sobre estos principios, que como dictados de una buena razon, debe admitir todo el mundo, voi à hacer el cotejo de los dos Heroes, Alexandro, y Carlos.

3 Por lo que mira al valor, poca diferencia puede notarse entre los dos. Uno, y otro pelearon, no solo con la

cabeza, mas tambien con la mano en muchas ocasiones. Uno, y otro tubieron arriesgada la vida en varios lances. Uno, y otro postraron con su brazo no pocos enemigos. Bien que en esta parte se mostró mayor el esfuerzo, ò la felicidad de Carlos; pues aun en una batalla sola le contaron veinte Genizaros, y en otra doce Moscovitas, ò Calmucos, pasados à los filos de su espada; y no sé que Curcio cuente à Alexandro, en todas sus batallas, de seis, ò ocho arriba. Es verdad, que en el numero de los Genizaros hacía una gran rebaxa el mismo Carlos; porque diciendole al otro dia de la batalla uno de los suyos, que se referia que habia muerto veinte con su propria mano, respondió sonriendose: *Siempre en estas cosas se añade la mitad.* Pero digase la verdad: Mas glorioso le hace la magnanimidad de minorar la opinion de sus hazañas, que tener esfuerzo para matar en un choque veinte enemigos.

4 El matar mas enemigos pudo ser, como acabo de decir, felicidad, ò accidente. Pudo tambien pender de la mayor fuerza del brazo, y mas destreza en el manexo de las armas; lo que à la verdad no es de gran consideracion en la gloria de los Heroes. Otra desigualdad mas esencial puede hacer sospechar al genio ardiente de Alexandro, cotejado con la serena índole de Carlos. En un hombre de genio fogoso, no todo lo que parece valor, es valor. Arrojase, tal vez, à los peligros, no por magnanimidad, sino por ira. Acaso se metió en algunos Alexandro, precipitado de su genio ardiente; lo que no se puede sospechar de Carlos, à quien siempre vieron mui dueño de sí mismo. Pero dado el caso de que una, ò otra vez obrase Alexandro de encendido, y no de magnanimo, no se puede dudar de la natural grandeza de su corazon, la qual persuaden principalmente dos acciones suyas, en que no pudo influir la colera. La primera fue dormir con tan quieto, y profundo sueño la noche que precedió la batalla decisiva con Darío, y à la vista del grande Exercito enemigo; lo que admiró al mismo Parmenion, quando ya con bastante luz del dia fue preciso usar de la mano para despertarle, no bastando la voz. La segunda,

aquella valentísima tranquilidad, con que para arrancarle del cuerpo la flecha, con que le habian herido, sufrió, que el cuchillo del Cirujano hiciese en su pecho varias aberturas, añadiendo à una herida varias heridas.

5 Entre los muchos lances, en que acreditó Carlos su singular grandeza de ánimo, es digno de notarse, que hubiese dos enteramente semejantes à los que acabamos de referir de Alexandro: Una operacion quirúrgica, dolorosísima, sufrida con incomparable fortaleza, y un sueño profundo, en circunstancias en que no se podian esperar, sino acerbi-
simas inquietudes. Vióse lo primero, quando por la herida en el talon, que recibió en el Sitio de Sultawa, para precaver la gangrena que amenazaba, ò empezaba ya, fue preciso hacer profundas incisiones, las quales toleró con tal serenidad, que él mismo sostenia con las manos la pierna todo el tiempo que duró la operacion. Lo segundo, inmediatamente à la batalla de Bender. Quien considerase aquel Monarca, perdidos todos los suyos, en la derrota que acababa de padecer; él, hecho prisionero por los Turcos, puesta su vida, y su fortuna en las manos de aquellos Infieles, ¿esperaría que en la noche inmediata gozase un momento de reposo? Sin embargo, ningun General, despues de lograda una completa victoria, durmió con mas quietud. Asonbrado quedó Fabricio, Enviado de Holstein, quando el dia siguiente de mañana, yendo à su quarto, le halló vestido, puestas las botas, cubierto todo de sangre, y polvo, entregado à un profundo sueño.

5 Pero entre tantas demonstraciones como hizo Carlos de un ánimo absolutamente incapaz de terror, ò quebranto alguno, ninguna me admira mas, que una que dió hallandose sitiado en Stralsund. Estando Carlos dictando à un Secretario una Carta para Stokolmo, cayó una bomba en la quadra inmediata al Gabinete, en que estaban los dos, y rebentó en el mismo momento. Estaba abierta la puerta de comunicacion del Gabinete à la quadra; pero hubo la dicha de que ninguno de los cascós de la bomba se encaminó por aquella parte. A la vista, y al horrísono estallido de la bom-

-supr

49

ba,

ba, despavorido el Secretario, dexo caer de la mano la pluma. Pero el Rey, como si ni con la vista, ni con el oído hubiese percibido novedad alguna, con rostro firme, con sosegada voz: ¿qué es eso, le dixo, por qué soltais la pluma? Sorprehendido aun el espíritu del Secretario: *Sire*: la bomba, fue todo lo que pudo articular. A lo que el Rey replicó, con el mismo sosiego: ¿Pues qué conexion tiene la bomba con lo que yo estoi dictando? *Prosequid.* Y sin que hubiese mas palabras en medio, se continuó la Carta. Verdaderamente este lance es capaz de hacer presumir, que aquel corazon era hecho de otra materia, que los del resto de los hombres.

7 No ignoró una objecion, que se me puede hacer sobre la partida del valor de Carlos; y es, que pasó las margenes de lo racional; que pecó por exceso; que no fue valor, sino temeridad; que mas pareció fiereza barbara, que osadía heroica. Una prueba plausible de este asunto ofrece el caso de la batalla de Bender. Obstinóse Carlos en no salir de los Estrados del Turco, sino debaxo de unas condiciones, que à él se le antojó proponer, no dictadas por la prudencia, ni por la equidad. Instó el Sultan en que saliese, y repeliendo las condiciones propuestas. Resistiólo Carlos. Usóse de parte de los Turcos de quantos medios suaves pudieron discurrir para vencer su inflexibilidad, y despues de experimentarlos todos inútiles, llegaron à las amenazas. Ni con ellas se logró el intento: con que se pasó à la execucion, sitiando el Palacio, que habitaba, con diez mil Genizaros, y Tartaros, resueltos à matarle, si no se rendía; porque tal era el orden del Sultan. Toda la defensa de Carlos consistia en trescientos Soldados, metidos dentro de un débil atrincheramiento, y sesenta Domesticos dentro del Palacio. Con este puño de gente, mal resguardada, se atrevió à resistir à todo un Exercito. Al primer acometimiento superaron los Infieles la trinchera, y los trescientos Soldados fueron embueltos en un momento, y hechos prisioneros.

8 Estaba, quando esto sucedió, Carlos acompañado de

-ms

tres

tres Oficiales Generales, entre aquel pequeño campo, y Palacio. No le habia quedado más Tropa, que sus Domesticos, en que se incluian algunas Guardas de su persona. Con esta gente resolvió hacerse fuerte dentro del Palacio, à quien embistieron luego los Turcos; y para obligar al Rey à rendirse, con flechas envueltas en materias encendidas, pusieron fuego al Edificio. Ardía ya éste por muchas partes, sin que ni el riesgo de verse luego abrasado, ni las lagrimas, ni ruegos de los suyos pudiesen mover à Carlos à entregarse. Tomó, finalmente el expediente propuesto por uno de ellos, de tentar, rompiendo por medio de los Turcos, meterse en la Casa de la Cancilleria, distante solo cinquenta pasos; la qual, siendo toda cubierta de Bovedas de piedra, estaba libre de padecer el fuego de las flechas. Salió, pues, Carlos con su gente, como sale el rayo de la nube, dando sobre los Turcos con un ímpetu tan violento, que los hizo retirar algunos pasos. Pero en el momento inmediato se vieron circundados del Exercito enemigo, y al mismo tiempo el Rey, tropezando en las espuelas de las botas, que nunca dexaba, dió consigo en tierra. Al punto se arrojaron sobre él veinte y un Genizaros, que le hicieron prisionero; y sostenido en sus brazos, le conduxeron al Baxá. La misma suerte tubieron los que le acompañaban, y así se terminó aquella extraordinaria función.

9. Quien no vé en todo el proceder de ella, mas un Leon acosado de los Cazadores, que un Principe invadido de sus enemigos? Mas una obstinacion, damnable, que una constancia plausible? Mas un capricho ciego, que un aliento animoso? Así parece, que la intrepidez de Carlos mas se debe llamar temeridad, locura, barbarie, que valor. Ya he confesado, que la objecion es plausible. Sin embargo, se puede rebatir de dos maneras, y con bastante probabilidad. Lo primero, el que Carlos pecase una vez de temerario, no debe perjudicar à la opinion de Heroe, que adquirió con tantas acciones illustres. Una acción viciosa no basta para denominar vicioso al sugeto. Demos de barato, que una vez fue loco. Qué Guerrero, dominado de la

ambicion de gloria; y ocupado toda la vida en facciones militares; en todas es cuerdo? Por ventura, lo fue siempre Alexandro? Acaso, menos que Carlos. Pongamos la consideracion en lo que executó en el asedio de la Ciudad de los Oxidracas. El fue el primero que arrimando una escala, trepó por ella à la altura del Muro. Esta ya fue una insigne temeridad; porque un Principe, ni aun otro qualquiera General, no debe exponerse de ese modo; y mucho menos quando no habia necesidad, ò motivo alguno para exponerse. Ni en aquella ocasion se disputaba algun grande Imperio; si solo una poblacion de Barbaros de corta defensa, la qual, sin la presencia del Rey, hubieran expugnado facilmente las Tropas. Pero no paró aqui el arrojó. Queriendo los Soldados à porfia seguir al Rey, cargaron tantos sobre las Escalas, que se rompieron éstas, y el Rey quedó un rato solo sobre el Muro, rebatiendo los dardos enemigos con el Escudo. En este conflicto clamaron los Soldados, que se dexase caer sobre ellos, que estaban dispuestos à recibirle en sus brazos. Este era el partido que debia tomar; pero fue diametralmente opuesto el que abrazó. En vez de dexarse caer sobre los suyos, saltando dentro de la Ciudad, se colocó entre los enemigos, donde batallando solo, y recibiendo muchas heridas, llegó à verse ya sin fuerzas para sostener el cuerpo, ni mover el brazo; en cuya extremidad, habiendo hecho un esfuerzo extraordinario sus Soldados, concurrieron oportunamente à salvarle la vida.

11. Si se examinan con atencion los dos casos, se hallará, que en ambos fue igual el peligro; pero mas irracional el arrojó de Alexandro, porque careció de todo motivo, que tubiese la mas leve apariencia de honesto. Carlos consideró, que era deshonor entregarse à los Turcos, y esto le movió à exponer la vida. Alexandro no concibió, ni pudo concebir interés en su honor, en cargarse de aquel riesgo. Del aqui se saca la segunda solucion à favor de Carlos. Yo no negaré, que fue error suyo contemplar como deshonor, ya el ceder à las ordenes del Sultán, saliendo de

sus Dominios, ya entregarse á los Turcos, despues de invadido. Pero supuesto aquel error, la resolucion que tomó fue propia de un Heroe. En los casos apretados, en que es forzoso perder, ó el honor, ó la vida, lo que pide indispensablemente el Heroismo es, que se prefiera á la vida el honor. Carlos se consideró, aunque erradamente, constituido en este caso: asi, lo refiere Mr. Voltaire. Luego supuesto el error, la consideracion no fue temeraria, sino heroica.

13 Habiendo corejado los dos Heroes, en orden á la partida del valor, en que lo menos que se puede decir de Carlos es, que no le excedió Alexandro; vamos prosiguiendo el Paralelo sobre otros capitulos, segun el orden con que los he nombrado arriba. Que uno, y otro Principe fueron insignes en la Conducta, y Pericia Militar, lo demuestran las muchas victorias que obtuvieron. Pero hai á favor de Carlos, el que peleó contra Tropas mui disciplinadas muchas mas veces que Alexandro. Este solo tubo dos choques dentro de la Grecia, y en ellos peleó con fuerzas mui superiores á las de sus enemigos: todas las demás batallas fueron con las inexpertas gentes del Asia. Carlos, con exercito inferior en el numero, triunfó muchas veces de Tropas Europeas mui arregladas, y conducidas de esforzados Caudillos.

14 Es verdad, que Alexandro siempre fue vencedor. Carlos fue vencido en la fatal batalla de Pultawa; mas no por falta suya, antes executó en ella quanto correspondia á un gran Heroe. No podia escusarse de darla, y era casi evidente perderla. Retirandose, era cierta su ruina; porque ni tenia Plazas adonde asegurarse, ni provisiones con que mantenerse. Asi era preciso arriesgarse al combate, aunque con pocas esperanzas de la victoria, por la poca gente que tenia, y esa medio muerta de hambre, y de frio. Componiase el exercito del Czar de mas de sesenta mil hombres; el de Carlos de veinte y cinco mil, de los quales, apenas llegaban á doce mil las Tropas arregladas. Habia en el campo Sueco solas quatro piezas de Artillería, setenta y dos en

el Moscovita. Con todo, el no ganar Carlos la victoria pendió de un accidente, ó revés fatal, que no se pudo prevenir. Habia á media noche despachado al General Creuts con quatro, ó cinco mil Dragones, para que dando un gran giro, viniese, despues de trabada la batalla, á dár por el flanco sobre las Tropas Moscovitas. Si esto se hubiese executado, la victoria era ganada; porque al primer encuentro, los Suecos rompieron, y desordenaron los Esquadrónes enemigos; con que llegando entonces Creuts estaban los Moscovitas sin remedio. Pero la adversa fortuna de Carlos dispuso, que descaminandose aquel General, por falta de conocimiento del País, no pudiese llegar á tiempo; con que hubo lugar á rehacerse los Moscovitas, y ganar la batalla; lo que debieron principalmente á su numerosa Artillería, y á la corta provision de pólvora del Exercito Sueco.

15 Podrá oponerse, que siendo tan grande la capacidad de Carlos, como se pretende, pudo prevenir las cosas de antemano, tomando providencias para no verse en aquellas angustias, ó evitando los lances, ó pasos que le conduxeron á la necesidad de dár la batalla. Respondo: Es cierto, que si Carlos no se hubiese metido en la Ukrania, no se hubiera visto en aquel ahogo. Pero quando tomó aquella resolucion, ninguna otra se pudo representar igualmente conducente para lograr el fin que se habia propuesto de derribar al Czar del Trono. Los motivos que intervinieron en ella, debian determinar á la prudencia mas remirada. Iba siguiendo al Czar por la rota de Moscou; pero llegó el caso de ser imposible proseguir el alcance. Habia el enemigo hecho impracticables los caminos, y quemado todos los lugares situados en ellos, y en sus cercanias. Iba entrando el Invierno, y las dificultades de los pasos habian de hacer mui perezosa la marcha. Se le iban acabando á Carlos las provisiones, y no podia hallarlas en un País enteramente desolado. Con que le era preciso, ó retroceder á Polonia, ó abanzarse á la Ukrania. Para preferir este segundo partido, intervenian dos poderosos motivos. El primero, que tenia inteligencias con el General Mazepa, Principe, ó Gober-